

Desde la gran conjuración de los magnates de 1670 (1) no había vuelto á reinar la tranquilidad en Hungría y Transilvania. Por un lado, terrible, despiadado aniquilamiento de la nobleza culpada de alta traición por medio de procesos y confiscaciones; persecuciones religiosas católico-jesuitas acompañadas de odio implacable, frenesí de conversión y sangrientos planes de exterminio contra el protestantismo húngaro; y en el fondo de todo esto la idea, en sí misma justa é inevitable, encarnada en el canciller áulico Pablo Hoher, de que en aquella nación de nobles solo por medio de un riguroso absolutismo podían conseguirse el orden político y el imperio de las leyes. Fué una fatalidad para Austria que únicamente pudiera lograr estos fines aliándose con los jesuitas y con la contrarreforma.

Pero por otra parte manifestábanse también en plena actividad los elementos de resistencia. Las primeras partidas que en el año 1670 comenzaron en la alta Hungría la guerra de guerrillas contra los odiados alemanes, componíanse de salteadores, jeduques y vagabundos de toda clase, pero pronto se unieron á ellas otros elementos más sanos que se apoderaron de la dirección de aquel movimiento nacional. De este modo estalló allí la guerra de los *kuruzzes* con todos los horrores del más sanguinario apasionamiento. No tardaron mucho los rebeldes en verse auxiliados por aliados poderosos que, unos franca y otros secretamente, abrazaron su causa. El príncipe Apaffy, que como feudatario turco reinaba en Transilvania, y los jefes de la aristocracia transilvana protegieron energicamente á los *kuruzzes*, al paso que la Puerta, circunspecta y falaz, aunque estaba con su corazón al lado de los rebeldes, se mantuvo en un principio completamente neutral. El rey de Polonia Juan Sobieski, amigo y protegido de la corte francesa, favoreció cuanto pudo la rebelión húngara ó por lo menos toleró que su cuñado, el conde Bethune, embajador de Luis XIV en la corte polaca, enviara públicamente á Hungría dinero y mercenarios. Finalmente en mayo de 1677 firmóse una alianza formal entre Francia y el partido nacional húngaro-transilvano contra el emperador, siendo este uno de los golpes maestros que tan bien sabía concebir y dar la diplomacia francesa, amontonando dificultades al emperador en el lejano Oriente durante la guerra del Rin y de Bélgica. Emerico Tekely, el joven é ilustre caudillo del ejército kuruzze á quien el pueblo profesaba entrañable cariño, conservó con empeño la alianza francesa y mandó poner en sus monedas su propia efigie como príncipe de Hungría y la de Luis XIV como *Protector Hungariae*.

La paz de Nimega (1679) en nada mejoró el estado de cosas en aquellos territorios: la corte imperial vacilaba entre ceder y apelar á la violencia, una y otra cosa inoportunas, firmando primero un armisticio con Tekely, cual si se tratara de una potencia beligerante independiente y volviendo á arrojarle luego en brazos de los turcos á fuerza de tratarle con dureza (enero de 1682). A fin de lograr una reconciliación de los partidos húngaros, trató el emperador de adoptar en la dieta de Oldenburgo (1681) un término medio entre las pretensiones de los católicos y las de los protestantes, pero con ello no hizo más que atraerse la antipatía de unos y otros y aparecer á los ojos de todos como débil y sin pensamiento determinado. Pronto (julio de 1682) se reanudó la guerra con

thum, Dresde, 1883; *Acta Johannis III Regis Poloniae*, etc., ed. Kluczycki, Cracovia, 1883; *Roma y Viena en 1683* (de los archivos romanos), por Sauer, Viena, 1883. Uhlirz, en las *Comunicaciones del Instituto de historia de Austria*, tomo V, pág. 327, hace un excelente examen sumario de estos y otros trabajos publicados en aquella ocasión. Véase también el trabajo de Sybel en la *Revista histórica*, tomo LVI, pág. 278.

(1) Véase más arriba.

los kuruzzes, y Tekely, entrando triunfante en la Alta Hungría y pactando hábilmente por ambos lados, se hizo proclamar por el sultan soberano de Hungría y prosiguió al mismo tiempo sus negociaciones con el emperador.

Tal confusión era ya tradicional en Hungría; y como, según hemos visto, la política imperial tendía cada vez más á considerar la lucha con Francia como la primera y principal misión del Estado (ó de la dinastía), prevaleció en Viena la idea de dejar en suspenso el conflicto húngaro, apelando al procedimiento de costumbre, es decir, á los compromisos evasivos, á las medidas incompletas, á la falta de energía, y preparando en cambio todas las fuerzas del Imperio para la guerra de Occidente.

Pero la realización de estos propósitos dependía de la conducta de la Puerta.

Desde la paz de Vasvar (2) no habían ocurrido nuevos conflictos entre Austria y Turquía. El sultan Mahomet IV había sostenido una ruinoso guerra contra Polonia (1673 á 1676), de la cual nació la fama alcanzada por Juan Sobieski como vencedor de los turcos, y algunos años después, tras largas luchas con suerte vária, firmó con el czar en 1681 la poco gloriosa paz de Radzin. Pero á la sazón todo inducía á aquel Estado de jenízaros, ganoso de guerra y de botín, á lanzarse á nuevas empresas guerreras que prometían éxitos más halagueños. El gran visir Kara-Mustafá, combatido por los partidos enemigos que en la corte tenía y amenazada su situación por las derrotas sufridas, tenía sed de victorias para mantener su consideración y esperaba alcanzarlas más seguramente que en ninguna otra parte en Hungría y combatiendo al emperador. Así desde 1682 se preparaba un nuevo rompimiento en estas regiones. La corte de Viena comprendía el peligro, pero confiaba en poder dominarlo para conservar toda su libertad de acción contra Francia: con oro y discusiones se habían conseguido á menudo muchas cosas en Constantinopla y por eso la corte de Viena acudió á los mismos medios; pero esta vez no dieron resultado alguno. Desde los últimos meses de 1682 vióse que era inevitable una nueva guerra con los turcos, y que los kuruzzes de Tekely estaban dispuestos á hacer causa común con el sultan.

No le faltaban al emperador aliados prontos á prestarle ayuda. La curia romana consideraba como asunto propio el peligro mortal que amenazaba al emperador: «no podremos defender á Roma si se pierde Viena», escribía el nuncio Buonvisi, y el Papa no solo acudió á su repleto tesoro para facilitar recursos á la corte austriaca tan necesitada de ellos, sino que habló de tal suerte á la conciencia de Luis XIV, que este rey, cuyas cordiales relaciones con los rebeldes húngaros eran universalmente conocidas y que ya anteriormente y por un golpe teatral había suspendido el comenzado bloqueo de Luxemburgo (3), aparentando que lo hacía por consideración al peligro con que á la cristiandad amenazaba su eterno enemigo, se mostró propicio á la idea de facilitar contra los turcos un numeroso ejército de auxilio. Tampoco le habría disgustado enviar, como en 1664, tropas á Hungría y conquistarse el título de vencedor de Turquía y salvador de la cristiandad en la guerra que él mismo había ayudado á encender. Pero su intento fracasó en esta ocasión; Viena, aleccionada por la anterior experiencia, no veía con buenos ojos la alianza sospechosa de los franceses, y en cambio, al propio tiempo que con ésta se le

(2) Véase más arriba.

(3) Véase la mas franca condenación de la política de Luis XIV en aquellas circunstancias en la *Hist. de Louvois*, de Rousset, tomo III, página 223, y como complemento de ésta las *Memorias del marqués de Sourches* (ed. París, 1882), tomo I, pág. 89, posteriormente publicadas.

brindaba, consiguió otra que hizo al parecer innecesaria la de Luis XIV. Gran victoria alcanzó la diplomacia austriaca, con brillante éxito apoyada por la curia romana, cuando consiguió sobreponerse en Varsovia á la influencia francesa. En efecto, con gran descontento de Luis XIV, firmóse en 31 de marzo de 1683 entre el emperador Leopoldo y el rey Juan Sobieski de Polonia una estrecha alianza militar contra los turcos, comprometiéndose el monarca polaco á ayudar al emperador con 40,000 hombres, si bien haciéndose indemnizar con subsidios austriacos la pérdida de los que hasta entonces le había satisfecho Francia.

También podían esperarse algunos auxilios de los Estados del Imperio: los círculos franco-nio y del Alto Rin estaban bien armados, gracias á los esfuerzos del conde Waldeck, y en el verano de 1683 enviaron al teatro de la guerra de 8 á

9,000 hombres perfectamente pertrechados. El elector de Baviera, Maximiliano Manuel, estaba pronto á cumplir los deberes que la alianza le imponía y á enviar al emperador un contingente igual al de aquéllos, y el elector Juan Jorge III de Sajonia se puso personalmente al frente de su ejército recientemente creado, y después de adoptar las medidas necesarias para el sostén, acuartelamiento, etc., de sus tropas (1), llegó al Danubio con más de 10.000 hombres en el mes de agosto. El duque Ernesto Augusto de Hanover solo envió un pequeño cuerpo de 600 jinetes, con los cuales iban sus propios hijos Jorge y Luis que en la batalla de Viena merecieron de Sobieski especiales elogios. Muchos hijos de príncipes alemanes del Imperio y otras personas de elevada categoría entraron á formar parte del ejército imperial, entre ellos el joven marqués Luis Guillermo de Baden, que tantas



Medalla conmemorativa del sitio de Viena por los turcos en 1683. Tamaño del original (Monetario Real de Berlin)

victorias había de ganar sobre los turcos andando el tiempo y que durante la última guerra con Francia había hecho su aprendizaje militar con Montecúculi y el duque de Lorena. Gravemente perjudicado por las reuniones de Luis XIV volvía al ejército imperial para luchar contra Francia, según él creía, pero el destino le llevó á la guerra turca, que había de ser la base sobre la que se asentara la fama de su nombre.

Quien mayor ayuda hubiera podido proporcionar era el elector Federico Guillermo de Brandeburgo, pero una serie de discusiones lamentables fueron causa de que las armas brandeburguesas no tomaran parte en la lucha decisiva que se trabó ante los muros de Viena.

En la dieta de Ratisbona volvió á suscitarse, otra vez sin resultado, la cuestión del reconocimiento, por parte del emperador y del Imperio, de las reuniones francesas. Luis XIV había presentado una nueva proposición en la que, atendida la apurada situación en que se encontraba la cristiandad por el peligro que de parte de los turcos la amenazaba, mostrábase dispuesto á firmar con el Imperio, en vez de una paz definitiva, un armisticio por treinta años, sobre la base del *status quo* y con la condición de que debía firmarse el tratado antes del 31 de agosto. La política francesa, bajo el hipócrita pretexto de estar pronta á ayudar á la cristiandad contra su mortal enemigo, intentaba por este medio la hu-

millación del Imperio y la sanción del robo de las reuniones, y la política de Brandeburgo apresuróse á hacer suya esta nueva apariencia de concesión del monarca francés y se mostró su celosísima defensora. El elector Federico Guillermo acosó al emperador para que aceptara la proposición de Luis XIV y declaró que estaba pronto á enviar 16,000 hombres ó más al ejército imperial de Hungría siempre que se aceptara el armisticio propuesto por Francia. No faltó tampoco la indispensable y siempre reproducida exigencia de la restitución de Jagerndorf ó del pago, en su lugar, de una indemnización, y asimismo se intercedió eficazmente en favor del protestantismo húngaro, cosa que parecía inoportuna en unos momentos en que la mayoría del pueblo húngaro, católicos y protestantes, estaba en abierta rebelión contra el emperador, á la sombra de las banderas de Tekely, y en alianza con los turcos (2).

Estas negociaciones, para cuya prosecución el elector envió á su cuñado, el príncipe de Anhalt, á la residencia imperial de Passau, se seguían en la primera mitad del mes de agosto de 1683, cuando hacía ya muchas semanas que los turcos se encontraban á las puertas de Viena. Esto sentido, ¿era aquella ocasión á propósito para suscitar la cuestión de Jagerndorf y salir á la defensa de los húngaros rebeldes contra el emperador? La negativa á aceptar el armisticio ofrecido por Luis XIV ¿era realmente para el Imperio un peligro tan grande como aparentaban creer los de Berlín?

(1) Sobre esto, véanse los minuciosos pormenores que contiene la citada obra de Hassel y del conde Bitzthum: el elector Juan Jorge se encontraba en muy apurada situación pecuniaria por causa de su nuevo ejército y apenas podía atender á su manutención en campaña. El emperador se negaba á sufragar estos gastos, y el elector, puesto ya en camino, estuvo una vez á punto de retroceder.

(2) Que era inoportuno en aquellas circunstancias suscitar la cuestión protestante — es preciso socorrer á Viena y no suscitar dificultades con proposiciones religiosas, — dijo el propio elector, ó por lo menos así lo consigna Sauer en su obra *Viena y Roma*, pág. 143.

Y aunque lo fuera, mucho mayor era por de pronto el que se ofrecía en el Danubio que el que pudiera amenazar en el Rin. Tan difícil se hace creer en la completa sinceridad del ofrecimiento de auxilios que hacia Brandeburgo como negarla en absoluto, pues los materiales hoy en día existentes no permiten formar clara y exacta idea de la situación de Berlín. Es ciertamente poco probable que el elector pensara, como pro-

palaba el embajador de Francia, conde de Rebenac, en intentar un golpe de mano contra Silesia; pero por otra parte, tampoco se explica ni justifica su reserva por la posibilidad, por él anunciada, de un nuevo conflicto bélico en el Norte entre Dinamarca y los duques de Brunswick, ni por el peligro, según decía, de un nuevo ataque de Francia contra el Imperio en caso de que el armisticio fuese rechazado (1).



El conde Rudiger de Starhemberg
Facsimile de un grabado en negro de Pieter Schenck (1645-1715)

En el cuartel general del emperador, como en Berlín, persistía en el punto de vista adoptado. Es innegable que en Viena existía cierto partido, poco favorable á una inteligen-

(1) El punto de vista desde el cual consideraban la situación los elementos oficiales brandeburgueses puede estudiarse muy detalladamente en Puffendorf, tomo XVIII, párrafo 96; pero á pesar de la minuciosidad con que este autor trata el asunto, es probable que no dijo de él todo cuanto sabía, pues en estas partes de su obra tuvo que imponerse indudablemente cierta reserva, como lo demuestra la circunstancia de no haber publicado los tratados con Francia. Es muy sensible que no estén impresas las memorias que en aquel tiempo escribía Rebenac desde Berlín: acerca de ellas véase Simson en el prefacio de *Memorias y documentos*, tomo II, pág. VIII. Droysen en su trabajo no dice más de lo que consigna la versión oficial de Puffendorf. Según su

palabra con Brandeburgo, que trataba de aumentar las dificultades existentes y declaraba ser mucho más conveniente vencer á los turcos sin ayuda de los protestantes y con la sola cooperación de Polonia y Baviera. Así como en las ne-

sistema, encuentra todos los actos de la política brandeburguesa, aun en aquella ocasión, absolutamente magistrales ó inspirados en una sabiduría política que partía de los más elevados puntos de vista, y califica la política del elector en aquella época de verdadera representante del «interés alemán» (tomo III, pág. 507); pero estos juicios son casi tan inexactos y parciales como el rencor y falta de talento con que O. Klopp (especialmente en su libro sobre el año 1683) acumula sobre el elector toda suerte de injurias y sospechas. Pintar siempre sobre fondo de oro es tan falso como emplear únicamente las tintas negras.

gociaciones con Brandeburgo habían sido explotadas las diferencias políticas para dificultar el concierto definitivo, en las que se siguieron con el elector de Sajonia utilizóse para el mismo fin la cuestión pecuniaria. Muchos hubieran visto con gusto que se alcanzara la esperada victoria sin el concurso de los dos príncipes protestantes, y al contingente sajón, que á pesar de estas discusiones acudió al teatro de la guerra y que tomó tan gloriosa parte en la acción decisiva entablada ante los muros de Viena, apenas se le agradecieron los grandes servicios que había prestado. Por las expresadas razones, el ofrecimiento condicional del elector Federico Guillermo fué acogido también en Viena, preciso es decirlo, de una manera condicional y con no pocas vacilaciones, siendo la opinión general que de ningún modo podía el gobierno someterse á las exigencias políticas del elector. La mayoría de la dieta se declaró favorable á la aceptación del armisticio francés, pero el emperador no se resolvió á renunciar con este paso definitivo á sus proyectos contra Francia; así es que no se conformó con el acuerdo del parlamento y de esta suerte fracasaron por completo las negociaciones con el príncipe de Anhalt. El elector de Brandeburgo no desistió, pues, su espada y solo envió al rey de Polonia Sobieski un pequeño cuerpo que se componía de 1,200 hombres, el cual, aunque llegó al teatro de la guerra cuando ya estaba salvada Viena, prestó excelentes servicios en las siguientes luchas.

Estas luchas estaban entonces en todo su auge. En el verano de 1682, Tekely había denunciado al armisticio y reanudado la guerra en la Alta Hungría, protegido entonces franca y abiertamente por los turcos que le reconocían como soberano de la nación húngara, tributario de Turquía. Ante él se habían rendido la importante plaza de Casovia y á poco Filek, y en su poder estaba la mayor parte de la Alta Hungría hasta el río Waag. En vista de estos desgraciados sucesos, la corte de Viena, creyendo poder evitar mayores desastres, entabló nuevas é infructuosas negociaciones con la Puerta.

Pero Turquía estaba entonces completamente resuelta á empeñar la guerra, y aunque no había transcurrido aun el plazo de veinte años de la paz de Vasvár, los triunfos fácilmente conseguidos por Tekely sobre las escasas fuerzas imperiales animaron al gran visir Kara-Mustafá á emprender el ataque. El ejército turco, que en las primeras semanas del año 1683 se había concentrado en Andrinópolis, comenzó á ponerse en movimiento en el mes de abril, y á principios de mayo encontrábase en Belgrado, donde el sultán revistó solemnemente sus tropas y confió al gran visir el mando supremo entregándole el estandarte verde del Profeta. El plan de guerra de Kara-Mustafá, contra lo que opinaban Tekely y muchos otros caudillos, consistía en operar lo más directamente posible sobre Viena, pues esperaba que con la toma de la capital del Imperio conquistaría gloria sin igual, consolidaría su posición en Turquía y alcanzaría triunfos incalculables.

El ejército turco, compuesto de 200,000 hombres á los cuales se unieron las tropas de Tekely, avanzó por Esseg, Stuhlweissenburgo y Raab hácia la frontera austriaca. Las fuerzas que el emperador podía oponer á tan formidable masa, antes de que le llegaran los auxilios de sus aliados, eran de todo punto insuficientes para una victoriosa resistencia, pues las tropas propias no pasaban de 40,000 hombres que debían cubrir una extensa línea de defensa, y el contingente húngaro que á las órdenes del palatino Esterhazy había respondido al llamamiento del emperador apenas se componía de algunos miles de soldados. En cuanto á la artillería, el

emperador no contaba más que con 100 piezas para hacer frente á las 300 que consigo llevaba el gran visir.

El duque Carlos (V) de Lorena, á quien el emperador nombró general en jefe, no pudo ni remotamente en tales circunstancias pensar en aceptar la lucha en campo abierto



Armadura que llevaba Juan Sobieski cuando entró en Viena
(Real Museo de Historia, de Dresde)

antes de que llegaran las tropas auxiliares esperadas, sino que, por el contrario, sosteniendo pequeños, pero incesantes combates, fué retirándose de Raab, donde al principio había tomado posiciones, y replegándose sobre Viena para poner en todo caso á la capital en estado de defensa. En Petronell, cerca de Hainburg, trabaron los austriacos sangrienta batalla con los spahis turcos que les seguían de cerca (7 de julio): en aquel combate esgrimió por vez primera su espada por el emperador el príncipe Eugenio de Saboya, joven de diez y nueve años, que al ver burlesco rechazados sus servicios en Versalles habíalos ofrecido á la corte austriaca, y cuyo hermano falleció algunos días después en Viena á